



Según dicen, al rector de la Universidad de Barcelona le han colocado un micrófono en el teléfono. Es un asunto que ya se conoce como el caso del Watergate de San Cugat del Vallés. Con esa lenteja electrónica pegada en el auricular digo yo que los interesados se habrán enterado de cosas misteriosas y profundas, por ejemplo, de la fecha en que *ahorá* comienzo el nuevo curso académico; o de problemas delicados e íntimos, por ejemplo, si al Rector Magnífico de la Universidad de Barcelona le gusta la escudella que es algo que siempre sale en la conversación en Cataluña. De todas formas si con esto llega a España la moda de los micrófonos ocultos, bien venida sea. Debemos recibirla con gozo

WATERGATE A LA ESPAÑOLA

porque eso siempre hace muy moderno y puede contribuir a perfeccionar las estructuras, pero realmente debo decir que esa moda es innecesaria ya que aquí hay pocas cosas que ocultar. Todo se produce a la luz del día. Y basta con mirar a un paisano a la cara fijamente para saber lo que piensa o es suficiente reparar en la indumentaria de un fulano para saber si es adicto.

Además, si los micrófonos sirvieran, como en el extranjero, para espiar al partido contrario, hay que advertir, por si se olvida, que aquí no existen partidos políticos; si acaso se usaran para averiguar qué trama el enemigo,

debe recordarse que en España ya no hay enemigos sino unidad de hombres y tierras; y por otra parte de elecciones tampoco nada. Sólo a concejales por el tercio familiar y los concejales tienen el dinero contado. Cuatro perras para pasquines con una foto autoritaria señalando con el dedo.

En el país las cosas están demasiado claras y todos sabemos del pie que cojeamos; nadie necesita micrófonos raros. Eso es evidente incluso con los muertos. Con tanto imperio como ha habido, con tantas guerras, escaramuzas, cuartelazos, pronunciamientos, este es el momento en que el país aún no tiene una tumba al

soldado desconocido. Y es que aquí nos conocemos todos demasiado. Pues si esto sucede con los muertos que pueden disimular mucho con la cara, ya se imaginarán ustedes lo fácil que es averiguar lo que piensa un vivo. Si aquí la gente cambia de chaqueta sin ningún rubor en plena calle, si los negocios se hacen bajo el sol radiante del mediodía, si cualquier español manifiesta sus intenciones íntimas según la expresión del rostro después de leer un editorial de "ABC" no entiendo por qué se gasta una pasta tan larga en micrófonos ocultos. Será para pasar como muy modernos o porque se trata de una partida sobrante sin royalty; de lo contrario no se explica. ■ M. VI-CENT.

